

Fué necesario todo un largo verano para descubrir la provincia donde residía el difunto Ti-Chin-Fú.

¡Qué episodio administrativo tan pintoresco, tan chino! El servicial Camilloff, que se pasaba el día entero recorriendo los Yamens del Estado, tuvo que probar, primero, que el deseo de conocer la morada del viejo Mandarín no encubría ninguna conspiración contra la seguridad del Imperio, y después fué preciso que jurase que no encerraba esta curiosidad un atentado contra los Ritos sagrados. Entonces, satisfecho, el príncipe Tong permitió que se hiciese la requisitoria imperial: centenares de escribientes palidieron noche y día, con el pincel en la mano, dibujando consultas sobre papel de arroz; misteriosas con-

ferencias susurraron insensatamente por todos los distritos de la Ciudad Imperial, desde el Tribunal Astronómico hasta el Palacio de la Bondad Preferida; y un ejército de koolies transportaba desde la legación de Rusia hasta los Kioscos de la Ciudad Interdicta, y de aquí al Patio de los Archivos, parihuelas que crugían bajo el peso de los legajos de viejos documentos.

Cuando Camilloff preguntaba por el resultado de sus investigaciones, le contestaban satisfactoriamente que se estaban consultando los libros santos de La-ó-Tsé, ó que se iban á explorar viejos textos del tiempo de Nor-Xa-Chú.

Y para calmar la impaciencia bélica del ruso, el príncipe Tong remitía, con estos recados sutiles, algún substancioso presente de confites ó goma de bambú en caldo de azúcar.

\*  
\* \*

Mientras el general trabajaba con fervor para encontrar la familia Ti-Chin-Fú, yo iba tejiendo horas de seda y oro (así dice un poeta japonés) á los pies pequeñitos de la generala. Había un kiosko en el jardín, bajo los sicomo-



ros, que se denominaba, al modo chino, el *Reposo discreto*; á un lado un arroyo fresco cantaba dulcemente bajo una fuentequilla rústica pintada de color de rosa. Las paredes las formaban un enrejado de bambú forrado de seda amarilla; el sol, pasando á través de ellas, proyectaba una luz sobrenatural de ópalo claro. En el centro, un diván de seda blanca, de una poesía de nube matutina, atraía como un lecho nupcial. En los rincones, en preciosos jarrones transparentes de la época de Yeng, alzábanse, con su esbeltez aristocrática, lirios escarlata del Japón. El suelo estaba todo cubierto de esteras finas de Nankín y junto á la ventana enrejada, sobre un airoso pedestal de sándalo, veíase abierto un abanico formado de varillas de cristal, que la brisa, al entrar, hacían vibrar, con modulación melancólica y tierna.

Las mañanas de fines de Agosto en Pekin, son muy apacibles; ya vaga en el aire una calma otoñal; á esa hora el consejero Mariskoff y los oficiales de la legación estaban siempre en la cancillería, despachando el correo de San Petersburgo.

Yo, entonces, con el abanico en la mano,

pisando sutilmente con la punta de las babuchas de satín las calles enarenadas del jardín, iba á entreabrir la puerta del *Reposo discreto*:

—¿Mimi?

Y la voz de la generala respondía, suave como un beso:

—*All right...*

¡Qué linda estaba, vestida de dama chinal! En sus cabellos levantados albeaban flores raras, y sus cejas parecían más puras y negras avivadas con tinta de Nankín. La camisa de gasa bordada, la túnica de filigrana de oro, plegábase á sus senos pequeños y erectos. Largas y fofas calzas de fulard color *cadere de Ninfa*, que le daba una gracia propia de serrallo, descendían sobre los tobillos finos, cubiertos de sedosas medias amarillas. Y apenas tres dedos de mi mano cabían en sus chinelitas.

Llamábase Wladimira; nació al pie de Nidji-Nowgorod y fué educada por una vieja tía que admiraba á Rousseau, leía á Foblas, usaba cabellos empolvados, y parecía una basta litografía cosaca de una dama galante de Versalles...

El sueño de Wladimira era vivir en París;



y mientras hacía hervir delicadamente las hojas del té, me rogaba que la contase historias picantes de *cocottes*, y me confesaba su culto por Dumas, hijo.

Yo le arremangaba la larga manga de la casaca de seda de color de hoja muerta, y hacía viajar mis labios devotos por la piel fresca de sus bellos brazos; y después, sobre el diván, enlazados, pecho contra pecho, en un éxtasis mudo, sentíamos las varillas de cristal resonar eólicamente, las palomas azules arrullarse en los plátanos, y el fugitivo ritmo del arroyo murmurador...

Nuestros ojos humedecidos encontraban á veces un cuadro de satín negro por cima del diván, donde en caracteres chinos, se desarrollaban sentencias del libro sagrado de Li-Nun «sobre los deberes de la esposa.» Mas ninguno de nosotros entendía el chino... Y en el silencio, nuestros besos volvían á comenzar espaciados, sonando dulcemente y comparables (en la lengua florida de aquellos países) á perlas que caen, una á una, sobre una bandeja de plata... ¡Oh, suaves siestas de los jardines de Pekin! ¿dónde estáis ahora? ¿Dónde

estáis, hojas muertas de los lirios escarlata del Japón?

\*  
\*\*

Una mañana Camilloff entró en la cancillería, donde yo fumaba amigablemente una pipa en compañía de Mariskoff, y tirando su enorme sable sobre el canapé, nos contó radiante de alegría, las noticias que le había dado el penetrante príncipe Tong. Descubrióse, al fin, que un opulento mandarín, llamado Ti-Chin-Fú, vivía en otro tiempo cerca de los confines de la Mongolia, en la villa de Tien-Hó. Había muerto súbitamente; y su descendencia residía allá en la miseria, en una choza vil.

Este descubrimiento, ciertamente, no fué debido á la burocracia imperial; lo hizo un astrólogo del templo de Faguas, que durante veinte noches hojeó en el cielo el luminoso archivo de los astros.

—¡Teodoro, ese mandarín es su hombre!— exclamó Camilloff.

Y Mariskoff repitió, sacudiendo la ceniza de la pipa:

—¡Ese es su hombre, Teodoro!



—¡Mi hombre!—murmuré sombríamente.

¡Era tal vez *mi hombre*, sí! Mas no me seducía ir á buscar su familia, en la monotonía de una caravana, por aquellos desolados rincones de la China. Además, desde mi llegada á Pekin, no había vuelto á ver la sombra odiosa de Ti-Chin-Fú y su cometa en forma de papagayo.

Mi conciencia reposaba como una paloma adormecida. Por lo visto, el esfuerzo supremo de voluntad que tuve que hacer para abandonar las dulzuras del boulevard y de Loreto, y surcar los mares hasta el Celeste Imperio, parecían á la Eterna Equidad una expiación suficiente y una peregrinación reparadora. Y Ti-Chin-Fú, ya calmado, regresaría con su papagayo á la sempiterna inmovilidad.

¿Para qué ir á Tien-Hó? Por qué no quedarme allí, en aquel amable Pekin, comiendo nenúfares en caldo de azúcar, abandonándome á la somnolencia amorosa del *Reposo discreto* y yendo por las tardes azuladas, á dar mi paseo del brazo del buen Meriskoff, por las terrazas de jaspe de la Purificación ó bajo los cedros del Templo del Cielo?

El celoso Camilloff, con el lápiz en la mano,

marcó en el mapa un itinerario hacia Tien-Hó. Mostróme, en desagradable entrelazamiento, sombras de montes, líneas tortuosas de ríos, dibujos ondulados de lagunas.

—¡Aquí está! Suba usted hasta Ni-ku-hé, en la margen del Pei-Hó. Desde allí en barcos chatos va á My-yun. ¡Buena ciudad! Hay en ella un Buda vivo. Desde allí, á caballo, sigue hasta la fortaleza de Ché-hia. Pasa la gran muralla. ¡Famoso espectáculo! Descansa en el fuerte de Ku-pi-hó. Allí puede cazar gacelas...! ¡Soberbias gacelas...! Y en dos días de camino llega á Tien-Hó. Brillante itinerario. ¿Cuándo quiere partir? ¿Mañana?

—Mañana,—murmuré tristemente.

¡Pobre generala! Aquella noche, mientras Meriskoff, en el fondo de las salas, jugaba con tres oficiales de la embajada su *whist* sacramental, y Camilloff, reclinado en el sofá, con los brazos cruzados, solemne como en una poltrona del Congreso de Viena, dormía con la boca abierta, ella se sentó al piano. Yo, á su lado, en la actitud legendaria de un infante de Lara, desesperado por la fatalidad, me retorció lúgubrementemente el bigote. Y la dulce criatura, entre dos gemidos del teclado, de una so-



nata penetrante, cantó volviendo hacia mí sus ojos brillantes y húmedos:

*L'oiseau s'envole.  
La'bas, la'bas...!  
L'oiseau s'envole...  
Ne revient pas...*

—¡El ave ha de volver al nido!—musité yo enternecido. Y, afanándome por esconder una lágrima, salí murmurando furiosamente:

—¡Canalla de Tú-Chin-Fú! ¡Por tu causal ¡Viejo malandrín!

Al día siguiente salí para Tien-Hó, acompañado de Sa-Tó, el respetuoso intérprete, una larga fila de carretas, dos cosacos y todo un pueblo de koolies.

Al dejar la muralla de la ciudad tártara, seguimos mucho tiempo caminando entre las cercas de los jardines sagrados que rodean el templo de Confucio.

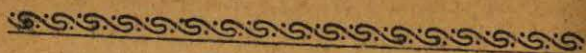
Era el fin de otoño; ya las hojas estaban amarillas; una dulzura suave erraba en el aire.

De los kioskos santos salía un susurro de cánticos, monótonos y tristes. Por las terrazas, enormes serpientes veneradas como dio-

ses, se iban arrastrando, ya entorpecidas por el frío. Y aquí y allá, al pasar, encontrábamos budistas decrepitos, secos como pergaminos y nudosos como raíces, entrecruzados de piernas en el suelo bajo los sicomoros, inmóviles como ídolos, contemplándose incessantemente el ombligo en espera de la perfección del Nirvana.

Y yo iba pensando, con una tristeza tan pálida como aquél cielo asiático de Octubre, en dos lágrimas redonditas, que al partir ví brillar en los ojos verdes de la generala.





VI

La tarde declinaba, y el sol descendía bermejo como un escudo de metal candente, cuando llegamos á Tien-Hó.

Las negras murallas de la ciudad se alzan al sur, al pie de un torrente que ruge entre rocas. En la parte de oriente, la planicie lívida y polvorienta se extiende hasta un grupo obscuro de colonias donde blanquea el amplio edificio de una Misión católica: y más allá, hacia el extremo norte, se elevan las eternas montañas de la Mongolia, suspensas en el aire como nubes.

Nos alojamos en una fétida barraca titulada: *Hospedería de la Consolación Terrestre*. Me fué reservado el cuarto noble, el principal, que se abría sobre una galería formada por estacas.

Estaba ornado de dragones de papel recortado, sujetos por cordeles de los travesaños del techo. Al menor soplo de la brisa, aquella legión de monstruos fabulosos oscilaban cadenciosamente, con un rumor seco de hojarascas, como tomando vida sobrenatural y grotesca.

Antes de que oscureciese, fuí acompañado de Sa-Tó, á contemplar la ciudad, más pronto tuve que regresar sofocado por el hedor repugnante que exhalaban las viviendas. Todo se me figuró ser negro: las chozas, el suelo cenagoso, los canes hambrientos y el populacho abyecto. Regresé á mi albergue, donde arrieros, mongoles y criaturas piojosas, me miraban con asombro.

—Tiene vuestra merced razón. Es mala ralea. Mas no hay peligro; yo maté, antes de partir, un gallo negro, y la diosa Kaonine debe estar contenta. Podéis dormir al abrigo de los malos espíritus. ¿Quiere, vuestra merced, el té?

—Traelo, Sa-Tó.

Después de bebernos una taza, conversamos largamente sobre el vasto plan; á la mañana siguiente llevaría la dicha y la tranquilidad á la triste choza de la viuda de Ti-Chin-Fú,



anunciándole los millones que le regalaba, millones ya depositados en Pekin. Después, de acuerdo con el mandarín Gobernador, haríamos una cuantiosa distribución de arroz al pueblo, y por la noche habría danzas é iluminaciones, como en una solemnidad pública.

—¿Qué te parece, Sa-Tó?

—En los labios de vuestra merced habita la sabiduría de Confucio... ¡Va á ser un hermoso espectáculo!

Como venía cansado, bien pronto comencé á bostezar; me tendí sobre el lecho, envuelto en mis pieles, hice la señal de la cruz, y me dormí pensando en los brazos blancos de la generala y en sus ojos verdes de sirena.

Sería la media noche, cuando me despertó un rumor lento y sordo que envolvía la barraca, como un fuerte viento en una arboleda ó una mar gruesa batiendo un paredón. Por la galería abierta, la luna entraba en el cuarto, una luna triste de otoño asiático, dando á los dragones colgados del techo, formas y semejanzas quiméricas.

Me levanté, ya nervioso, cuando una silueta alta é inquieta, apareció á la claridad de la luna.

—¡Soy yo, señor!—murmuró la voz despa-  
vorida de Sa-tó.

Y luego, agachándose á mis pies, me contó en un flujo de palabras roncas su aflicción: mientras yo dormía se esparció por la ciudad el rumor de que un extranjero, el *Diablo extranjero*, había llegado con bagajes cargados de tesoros... Ya, desde el comienzo de la noche, él había entrevisto rostros ansiosos, de ojos voraces, rondando la barraca, como chacales impacientes... Y ordenó á los koolies que atrincherasen la puerta con los carros de los bagajes, formados en semicírculo á la manera tártara.

Mas, poco á poco, el tumulto tué creciendo... Ahora acababa de espiar por un postigo, y todo el populacho de Tien-Hó rondaba en en torno de la hospedería... ¡La diosa Kaonine no se había satisfecho con la sangre del gallo negro! Además él recordaba haber visto en la puerta de una pagoda una cabra negra andando hacia atrás? ¡La noche sería terrorífica! ¡Y su pobre mujer, el hueso de su hueso, que estaba tan lejos, allá en Pekin!

—¿Y ahora, Sa-Tó?—le pregunté.

—Ahora... ¡Vuestra señorial!... Ahora...



Callóse, y su figura escuálida temblaba, agazapándose como un perro que se le amenaza con el látigo.

Entonces yo abandoné al cobarde y me adelanté hacia la galería. Abajo, el muro fronterizo, proyectaba una sombra fatídica. Allí se apiñaba una turba negra.

A veces, una figura, rastreando, se adelantaba en el espacio iluminado; espiaba, forcejeaba en las carretas, y al sentir la luz de la luna sobre su cara, retrocedía rápidamente, fundiéndose en la obscuridad; y como el techo del cobertizo era bajo, brillaba un momento algún hierro de lanza inclinado.

—¿Qué queréis, canallas?—rugí en portugués.

A esta voz extranjera, un gruñido salió de las tinieblas; inmediatamente una piedra cayó á mi lado, agujereando el papel encerado de la celosía; después una flecha pasó silbando cerca de mí, clavándose en un listón.

Descendí rápidamente á la cocina de la hospedería. Mis kaulis, asustados, batían las mandíbulas de terror; y los dos cosacos que me acompañaban, impasibles, fumaban sus pipas

con los sables desnudos puestos sobre las rodillas.

El viejo hostelero de lentes redondos, una abuela andrajosa que yo había visto en el patio echando al aire una cometa de papel, los arrieros mongoles, las criaturas piojosas, todos desaparecieron. Sólo quedó un viejo bebedor de opio, tumbado en un rincón como un fardo. Fuera se veía la multitud que vociferaba.

Interpelé entonces á Sa-Tó, que casi se desmayaba, apoyado en la pared; nosotros estábamos sin armas, los dos cosacos solos, no podían rechazar el asalto. Era, pues, necesario ir á despertar al Mandarín gobernador, revelarle que yo era amigo de Camilloff, un convidado del Príncipe Tong, é intimarle á que acudiera á dispersar las turbas y mantener la ley santa de la hospitalidad.

Mas Sa-Tó me contestó con voz débil como un soplo, que el gobernador, seguramente, era el que estaba dirigiendo el asalto. Desde las autoridades hasta los mendigos, la fama de mis riquezas, la leyenda de las carretas cargadas de oro, inflamó todos los apeti-



tos. La prudencia ordenaba, como un mandamiento santo, que abandonásemos parte de los tesoros, las mulas y las cajas de comestibles.

—¿Y vamos á quedarnos aquí, en esta aldea maldita, sin camisas, sin dinero y sin comida?

—¡Mas con la rica vida, vuestra señoría!

Cedí y ordené á Sa-Tó que fuese á proponer á la turba una copiosa distribución de oro, si ella consentía en regresar á sus casas y respetar en nosotros á los huéspedes enviados por Buda.

Sa-Tó subió á la escalera de la galería, todo tembloroso, y empezó á arengar á la multitud, braceando, lanzando las palabras con la violencia de un can que ladra. Yo había habierto la maleta y le iba entregando sacos de monedas, que él arrojaba á puñados sobre la multitud con ademan de sembrador... Abajo, á cada lluvia de metales resonaba un tumulto furioso; después un lento suspiro de gula satisfecha; y luego el silencio, la suspensión del que espera más.

—Más,—¡murmuraba ansiosamente Sa-Tó, volviéndose hacia mí.

Yo, indignado, le daba nuevos cartuchos, pilas de monedas de medio real envueltas en papel. Ya estaba vacía la maleta... La turba continuaba rugiendo insaciable.

—Más ¡vuestra señoría!—suplicó Sa-Tó.

—¡No tengo más, criatural ¡El resto está en Pekin!

—¡Oh, Buda santo! ¡Perdidos! ¡Perdidos!—exclamó Sa-Tó, doblando las rodillas.

El populacho, callado, esperaba aún. De repente, una exhalación salvaje rasgó el aire. Y yo sentí aquella masa ávida, arremeter sobre las carretas que defendían la puerta, formadas en semicírculo. Al choque todo el maderamen de la *Hospedería de la Consolación Terrestre*, crugió y osciló.

Corrí á la baranda. Abajo bullía un tropel desesperado en torno de los carros derribados. Los machetes relucían al caer sobre la tapa de los cajones; el cuero de las maletas abríase rasgado por innumerables puñales, y bajo el cobertizo los dos cosacos batíanse como héroes. A la luz de la luna, veía alrededor del barracón agitar teas, Un alarido ronco elevábase, haciendo á lo lejos aullar á los perros; y de todas las viviendas desembocaba y corría



el populacho, hombres ligeros armados de chuzos y hoces curvas,

Súbitamente, oí el tumulto de las turbas que asaltaban la galería, buscándome sin duda, creyendo que yo guardaría el mejor de los tesoros, piedras preciosas, joyas. El terror me enloqueció. Corrí á la gradería de bambú que daba al patio. Rompí la valla, y penetré en la cuadra. Mi caballo, preso en las tinieblas relinchaba, tirando furiosamente del cabestro. Salté sobre él, sujetándole por las crines.

En este momento, por el postigo de la cocina que había saltado en astillas, penetró una horda armada de linternas, lanzas, clamando delirante. El caballo, espantado, saltó la valla; una flecha silba á mi lado; después, una piedra me da en el hombro, otra en los riñones, otra hace blanco en el anca del animal, y otra más gruesa, me rasga la oreja. Agarrado desesperadamente á las crines, arqueado, con la sangre goteando de la oreja, galopé en una carrera furiosa, á lo largo de una calle negra. De repente veo delante de mí la muralla, un bastión, la puerta de la ciudad cerrada.

Entonces, alucinado, sintiendo detras de mí rugir la turba, abandonado de todo socorro

humano, me acordé de Dios. Creí en él, gritándole que me salvase: y mi espíritu iba tumultuosamente recordando, para ofrecerle, fragmentos de oraciones, de *Salves*, *Credos*, que yacían en el fondo de mi memoria. Tras una esquina, á lo lejos surgió una humerada de teas: era la turba. Loco de espanto, apreté los talones á los ijares del animal y corrí á lo largo de la muralla que se extendía como una vasta cinta negra furiosamente desenrollada. De repente ví una brecha, un boquete erizado de espinas y zarzas, y fuera la planicie que bajo la luna tenía la apariencia de una gran charca de agua dormida. Lancéme hacia allá, sacudiendo con los talones los ijares del potro, y galopé mucho tiempo por el descampado.

De repente, el caballo y yo rodamos en un surco blando. Era una laguna; mi boca se llenó de agua pútrida, y mis pies se enredaron en las fofas raíces de los nenúfares. Cuando me levanté vi al caballo corriendo muy lejos, como una sombra, con los estribos al viento.

Entonces comencé á caminar por aquella soledad, enterrándome en el fango y cortando á través de matorrales encharcados. La san-



gre de la oreja caía sobre mi hombro; la ropa enlodada se me pegaba á la piel, y á veces en la sombra, me pareció ver brillar ojos de fieras.

Más lejos, encontré un cercado de piedras sueltas donde yacían, bajo unos arbustos, infinidad de cajas amarillas que los chinos abandonan sobre la tierra y donde se pudren los cadáveres. Me senté sobre una caja postrado de fatiga; mas un olor abominable flotaba en el aire, y al apoyarme sentí la sensación de un líquido viscoso que escurría por las hendiduras de las tablas.

Quise huir. Mas las piernas, temblando, se negaron. Los árboles, las rocas, las hierbas altas, todo el horizonte comenzó á girar en torno mío como un disco muy rápido. Resplandores sanguíneos vibraban delante de mis ojos, y me sentí caído desde muy alto, divagando á la manera de una pluma que desciende. Cuando recobré el conocimiento estaba sentado sobre un banco de piedra, en el banco de un enorme edificio semejante á un convento, que el más grave silencio envolvía. Dos padres lazaristas lavaban cuidadosamente mi oreja. Un aire fresco circulaba; la garrucha de un pozo chirriaba lentamente, y una campana tocaba

á maitines. Levanté los ojos y ví una fachada blanca con ventanillas enrejadas y una cruz en lo alto, y entonces al contemplar en aquella paz de claustro católico como un rincón de la patria recuperada, el abrigo y la consolación, de mis párpados cansados rodaron dos lágrimas mudas.